

papeles previos del juez y los acusados: mientras el primero se va debilitando en los atributos "propios" de su puesto, los actores trazan alrededor de su oponente un círculo de interrogantes y negaciones en que aquél acaba cayendo. La inicial seguridad del juez en su función —aunque desde el principio le veamos como un hombre problematizado e inquieto— queda transformada radicalmente, teniéndose que refugiar o bien en las normas impuestas por un trabajo que él no quería y con el que no se siente solidario a nivel personal, o bien en una dejación de su poder, que le conduce finalmente a pasar de acusador a acusado, a ser víctima de la humillación y de la muerte.

En este sentido, las conclusiones que Bergman alcanza en "El rito" son tajantes: el arte debe destruir sin reservas la represión encarnada por la censura, y debe destruirla basándose en sus propios medios, en el convencimiento de que la inteligencia siempre acaba por ser más potente que todo aquello que se opone a su ejercicio e intenta negarla. El rito dionisiaco con que concluye el film no es, así, otra cosa que la concretización formal de todo el juego envolvente que a lo largo de los interrogatorios han ido desplegando los actores encausados. El arte, su necesidad de libre expresión, doblega a la autoridad que intenta imponerse despóticamente sobre él. Y todo censor (y la sociedad que se cobija tras él y la origina)

ha de morir en la angustia de sus propias contradicciones y en la humillación de una derrota inapelable. ■ F. L.

# ARTE

He ido a ver la exposición inicial de una nueva galería de arte... —otra... ¿cuántas ya?— que ha abierto aquí en Madrid, en la calle Jorge Juan, número 5, y que se llama Cambio... No tiene nada que ver con la revista de este nombre. Pura coincidencia. Anunciaban la exposición como un conjunto de "realistas"... de esos pintores a los que se llaman "realistas" y que yo me niego a considerarlos así, por las razones que en algún momento he explicado. Pero, en fin, allí habla cuadros de Antonio López García, de Matías Quetglas, de Quintero y de otros más. Ya me ocuparé de esa exposición. Pero antes tengo que ocuparme de la que Rolando tiene abierta aún en la galería Inguanzo. Me refiero a Rolando Campos, ese pintor sevillano que puede ser clasificado, igual que esos de Cambio, como un "realista", aunque ya no lo considere así ni a Rolando ni a ellos.

## Rolando Campos Galería Inguanzo Madrid

Lo dijo una vez Unamuno, y para otra circunstancia muy distinta. Dijo: "Me apresuro a leer a Kierkegaard antes de que se ponga de moda". Si yo fuese un coleccionista, si yo tuviese cuatro perras gordas, podría parodiarse y decir: "Me apresuro a adquirir rolandos antes de que se pongan de moda". Pero, tranquilos: Ni yo seré coleccionista, ni tendré las cuatro perras que son necesarias para ello.

Pero, por lo que veo, puedo dormir tranquilo. He vuelto a la exposición de Rolando en Inguanzo y, sí, hay algún punto rojo de "adquirido", pero son muchos los cuadros que esperan tranquilamente a que yo sea —sonrío al escribirlo— una fuerza económica. Tranquilo.

He visto, como iba diciendo antes, a los "realistas" de la galería Cambio; he visto también, aquí en Inguanzo, a ese otro

"realista", a Rolando. Y así, cada uno es cada uno. Es verdad que cada uno de ellos busca la realidad en lo que es visible para todos, pero cada uno de ellos tiene su propio camino. Ese, el camino de cada uno, es lo que los diferencia a todos de todos los demás. Cuando me ocupe de los que están en Cambio, me referiré a esos caminos. Ahora, por una simple cuestión de prioridades, me toca referirme a los caminos de Rolando.

Lo que caracteriza fundamentalmente a la pintura de Rolando es que él no persigue al "realismo"; él persigue a la realidad. El "realismo" —perdónese la palabra antihegeliana, pero acéptemela a título provisional—, el "realismo" es la ideología de una realidad que se sistematiza

ocupación más o menos sistemática del sol y de la luz. Y la verdad, todo lo de Rolando está sistemáticamente alejado del impresionismo. Hay en lo suyo, por ejemplo, árboles, algún monte, alguna lejanía... Pero cada cosa tiene una individualidad que elude tanto a la luz como al conjunto paisajístico. Lo suyo son individualidades que eluden la globalización de una visión total. Son personas o cosas cuya entidad aceptan la condición fantasmal... Esa identidad con los fantasmas que tienen todas las cosas cuando se las mira de una manera especial... Por eso, en alguna ocasión, y creo que a propósito de Rolando, yo he tratado de restaurar para lo suyo aquella denominación antigua de Franz Roh, de "realismo mági-



Pintura de Rolando.

para cualquier tipo de expresión, en este caso para la pintura. Y la realidad, en cambio, es el núcleo del cual nace. Ahora bien, en todos los casos, el realismo se funda en una realidad visible y, en lo que a la pintura respecta, solamente visible. Una mínima consideración circunstancial y lateral nos dice que la realidad no es, no tiene que ser, simplemente visible... ¿o no? Pero, en fin, dejemos por el momento ese problema metafísico.

Digo que Rolando ha prescindido de la ideología para ir directamente al núcleo: ha hecho caso omiso del "realismo" para ocuparse directamente de la realidad. Realidad también visible, tangible y físicamente discernible. ¿Qué realidad, qué realidades?

Es cierto que en algunas ocasiones, Rolando se ocupa del paisaje. Son pocas esas ocasiones. Porque el paisaje requiere una

co". Denominación ya antigua, sí; pero más verídica que esa que tanto se usa para los buscadores de los actuales fantasmas de la realidad.

Y hasta tal punto está Rolando identificado con los fantasmas de la realidad visible, que su vehículo no es tanto la luz, sino la sombra. Rolando es más afín al difuminado que el cromatismo que produce la luz. Y otra cosa: la visible realidad de las cosas vistas de una manera especial; por ejemplo, esos personajes que se niegan a someterse a la ley fija de los cuerpos fijos y se entregan a ese temblor de los cuerpos cuando a la vista se la somete a un estado especial...

Voy a ver si puedo adquirir algún rolando "antes de que se ponga de moda". Pero por lo visto, no hay cuidado: la gente ni se entera de que ahí hay un pintor de verdad. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.



"El rito" ("Riten", 1966), de Ingrid Bergman.